

V

En el avispero.

Durante varios días los dos maestros y su discípulo no pudieron poner en ejecución su proyecto.

En primer lugar, la abuela rehusó terminantemente que convirtieran á su nieto en *espadachín*. La buena mujer tenía horror á la gente de espada: recordaba que su hijo, el antiguo paje del duque de Lorena, murió peleando, y la emprendió furioso contra Passepoil, que aguantó el chubasco con la cabeza baja y sin chistar.

Entretanto Juan María fué á suplicar á Aurora y á Cruz que intercedieran por él ante el marqués de Chaverny para que le autorizase á llevar espada, permiso que aquél le concedió en buena y debida forma. La señora Francisca no aceptó la decisión sin murmurar; pero el nieto no se curó de ello, y habría rechazado el parentesco del mismo rey de Francia, por tenerlo en poco, la noche que le ordenaron escoltar á las dos damas á quienes el Marquesito llevaba al palacio de la duquesa de Saint-Agnan.

La prolongada ausencia de Lagardère inquietaba á todos, y su pobre novia apenas podía soportar la separación. Por tal motivo, y de

acuerdo con la duquesa viuda de Nevers, el Marqués, para no dejar á la joven tanto tiempo á solas con sus pensamientos, pensó en proporcionarle distracciones, aunque sin olvidar las medidas de prudencia recomendadas por el Conde.

Tenía que ser muy difícil á sus enemigos hacerles daño y apoderarse de Aurora entre aquella guardia de honor que le formaban Chaverny y Navailles, Cocardasse y Passepoil, Laho y Berrichón; toda gente que le era adicta en cuerpo y alma.

Fueron, pues, á la casa de la de Saint-Agnan, que era para ellos una amiga, y visitaron también á algunas otras damas de la corte, todas las cuales se ingeniaban para calmar las inquietudes de Aurora, festejándola á porfía y lamentándose con ella del retraso de su matrimonio. Al cabo llegaron á parecerle agradables estas distracciones, que daban nuevo giro á sus pensamientos; tanto más, cuanto que oía con gran frecuencia cantar alabanzas de su novio.

Los dos diestros hallábanse satisfechos y ufanos con su papel. Sin embargo, en los momentos en que el incienso no subía por sus narices al cerebro, mareándolos, no dejaban de pensar en la humillación que habían sufrido á la orilla del albañal de Montmartre, y se enrababan por no haber podido vengarse todavía.

Echaban de menos un poco de libertad. Fué, pues, de gran júbilo para ellos el día que Chaverny les anunció que tenían libre tarde y noche, pues se quedaba en casa mademoiselle de Nevers.

—¡No haya miedo, pequeño! ¡Dentro de un rato vamos á reírnos unas miajas!

Poco después se dirigian los tres hacia la *Granja Batelera*, sin plan determinado, pero muy alegres y decididos.

Al llegar á la puerta de Richelieu, Cocardasse reconoció al jefe del puesto, que era el mismo de la noche de su baño en el albañal, y le presentó á su amigo Passepoil, vivo y sonriente, aunque le creyeron muerto, y á Berrichón, muy orgulloso de trincar con guardias franceses.

—En caso de que os tendieran algún nuevo lazo por ahí—le dijo el sargento,—tratad de enviarnos alguno que nos avise. La mayoría de mis hombres tendrían sumo gusto en darse una vuelta por esos sitios para ver lo que ocurre. Son diversiones que hacen menos largas y aburridas estas guardias.

—Muchas gracias por vuestra atención—repuso el gascón estrechándole la mano.—Cuando el pequeño y yo tocamos el violín, el baile de bribones no suele durar mucho, ¡cuernos de Lucifer!

Al pasar por el puente del Albañal no pudieron menos de lanzar ambos amigos una mirada al líquido turbio é infecto; pero no creyeron oportuno comunicarse sus impresiones en presencia de su discípulo, que caminaba entre ellos con aires de conquistador y echando mano á cada paso al puño de su tizona para asegurarse de que no se había trasladado de sitio. Ardía en deseos de desenvainarla.

Precisamente la *Bizca* estaba en la puerta de su figón, y no dudando que iban á él en línea recta, se levantó y corrió á echarse en brazos del normando, el cual la rechazó tan rudamente, que la hizo dar cinco ó seis pasos atrás y apenas si pudo sostenerse en pie. La figonera le contempló estupefacta. Le habían cambiado á su adorador.

—¡Hola!—interrogó el gascón—¿No estarán por casualidad en tu casa los dos lobatos, comadre?

—No, no he vuelto á verlos; pero que no sea obstáculo para que entréis, señores míos.

—Sí será. Precisamente porque no están no entraremos. Apenas tenemos el tiempo justo para buscarlos en su guarida; y si tienes algo urgente que decirles, creo que sería el momento de hacerlo, pues podría suceder que antes de una hora queden sordos y mudos hasta el Juicio final.

—Me tiene sin cuidado—gruñó ella, que sólo sentía perder á aquellos dos buenos clientes.—Y si esos pillos os han faltado en algo...

—De algo de eso se trata—dijo á su vez Passepoil.—Pero dime, amiga: ¿no has vuelto á ver á Maturina?

Al oír esta pregunta estalló como un trueno la cólera, largo tiempo contenida, de la figonera.

—¡Valiente pécora! ¡Una vagabunda, una mendiga que recogí por caridad! ¡Tú sabes bien dónde está, puesto que se fué contigo, y me has desdeñado por esa sirvienta, por esa moza corrompida!

Amable se divertía.

—Muchas gracias por tus recuerdos. Sin embargo, si ves á Maturina, no te olvides de decirle que muero de amor por ella.

Todo el fango existente en el corazón de la *Bizca* se desbordó en impetuoso torrente por sus labios, lanzando á la faz del normando un alud de injurias y palabrotas. Cocardasse reía á carcajadas, y Berrichón aprovechó la ocasión para excitar más á aquella megera con sus burlas.

—¡Oh! ¡Qué cara! ¿Te has lavado la cara esta mañana? ¡No lo parece!

Pero los diestros tenían algo más que hacer que complacerse en prolongar aquella escena cómico-burlesca, y dejando que la figone-

ra los insultase á su placer se dirigieron con paso tranquilo hacia la taberna de los *Sacaman-tecas*.

—¡Oh, oh!—exclamó Berrichón al contemplar el rótulo y los emblemas pintados sobre la puerta del figón de los espadachines.—¡Esa muestra no está hecha para atraer á las gentes del clero!

—Sin embargo—objetó gravemente Cocardasse,—más de cuatro han hecho y harán aquí actos de contricción..., si les dan tiempo.

Desde el umbral lanzó el gascón una ojeada á la sala, que estaba vacía; pero el tabernero se apresuró á acudir, ¡impidiéndoles la entrada.

—¿Quiénes sois? ¿Qué queréis?—preguntó bruscamente

—¡Voto á sanes, pequeño! ¿Pues no pregunta quiénes somos?

—He oído, mi noble amigo.

—Bueno, ¿y qué responderías tú?

Y sin esperar la respuesta de su amigo, dijo al tabernero:

—¡Parroquianos, buen hombre! Encuanto á lo que queremos, es beber. ¡Deprisa, pues, y de lo mejor!

El hombre no se movió, y se afirmó sobre sus piernas abriéndolas como un compás. Sus anchos hombros sobre los cuales descansaba un

cuello de toro, tocaban los dos montantes de la puerta, y obstruían el paso.

—¡No se entra!—dijo.

—¡Veremos! ¡Passepoil!

—¡Cocardasse!

—¿Puede ese bribón impedirnos el paso?

—¡Caramba! Depende...

—¿De quién, pequeño?

—De nosotros.

Rióse el gascón de la salida, aunque acos tumbrado á las de su compañero, y dirigiéndose al figonero dijo:

—Ya has oído al pequeño. Así, pues, si no quieres quitarte de ahí, no haya miedo: yo te quitaré de un revés.

Berrichón estaba encantado del giro que tomaba el asunto; aquel muchachote, antes tan tímido como parlanchín é irreflexivo, queriendo mostrarse á la altura de las circunstancias, tuvo una idea de pilluelo parisiense. Metió la cabeza rápida é inesperadamente por entre las piernas del tabernero, se incorporó de pronto, y el pobre diablo cayó de espaldas como una rana en medio de la taberna:

—¡Bravo, Juan María!—exclamó Cocardasse.—¡Entiendes al pelo eso de abrir las puertas!

Mientras tanto el figonero, que por lo pronto respondía al nombre de Cabocha (había cambia-

do tantas veces, que ya no recordaba el verdadero), se levantó echando espuma por la boca y empuñando una daga. Fué como si tocaran á zafarrancho de combate. Los criados mudos que constituían el personal del figón corrieron á ponerse al lado de su amo como perros de presa, alargando la cabeza y enseñando los dientes. Los diestros habían desenvainado sus tizonas igual que Juan María, en previsión de un ataque serio de otros adversarios; pero no viendo más que aquellos tres brutos, Cocardasse los miró con supremo desdén, y dando un cintarazo á la mesa gritó con voz tonante:

—¡Atrás, perros! ¡Ira de Dios! ¿Desde cuándo se me hace aguardar? ¡He pedido vino!

Una puerta del fondo se abrió, y dos cabezas asomaron.

—¿Qué barullo es éste? ¿Quién se atreve á penetrar aquí sin mi permiso?

—¡Ta, ta! ¡Tanto se me da de tu permiso como de la barba de Carlomagno, buen mozo! Cocardasse entra donde se le antoja, y á nadie da cuentas de lo que hace.

—¡Cocardasse! ¡Sí, pardiez! ¡Es él!—dijo el interlocutor inesperado mostrándose por entero.

No era otro que Blancrochet; el ilustre Blancrochet, gran maestro en el figón de los *Sacamantecas* y jefe supremo, dictorial, absoluto de

todos los bravos de profesión, espadachines y asesinos. Tras él aparecía su teniente Daubri.

Los dos diestros no los conocían más que de fama; habían oído muchas veces hablar de ellos en términos poco lisonjeros. Asombráronse, pues, al ver que Blancrochet se acercaba á ellos con las manos extendidas como para estrechárselas, y diciéndoles:

—¡Maestro Cocardasse, maestro Passepoil! ¡Bienvenidos, camaradas! ¡Á ver! ¡Que nos sirvan de beber! ¡Estos caballeros van á hacernos la honra de trincar con nosotros!

—¡Calle!—murmuró Berrichón, envainando á regañadientes.—Parece que hemos entrado. ¡Luego se puede entrar!

Cabocha le asestó una mirada furiosa, y Blancrochet por su parte, mirando de alto á bajo á aquel chiquillo que se permitía reflexiones irónicas, añadió:

—Sí, joven. Se puede entrar cuando se han hecho pruebas de valor y destreza espada en mano, y tú no me parece que te hallas en ese caso.

—¡Un poco de paciencia; todo llega en el mundo!—repuso sin turbarse Juan María.

—Á menos que te claven la lengua al primer lance. Por lo pronto, se te recibe en compañía de nuestros buenos amigos Cocardasse y Passepoil; pero si estuvieras sólo, hallarías la puerta cerrada.

—¡Ja, ja, ja! ¡Pregúntale al gordo ése, por gusto, cómo me las arreglo yo para abrirlas!

—Bueno; siéntate, y déjanos hablar á los hombres. ¡Vaya, amigos; decidme lo que nos proporciona la honra de vuestra visita! ¡Valiente Cocardasse! ¡Galante Passepoil!

Aquella amistad tan cacareada por el bravo era muy sospechosa al normando, que, lejos de creerse honrado con tal compañía, temía que su indiscreto amigo, tan sensible siempre á la adulación, cayese en la red y soltase la sin hueso más de lo debido. Cuando no había empinado mucho el codo, la locuacidad del gascón tenía un regulador: la rodilla de Amable, que chocando con la suya le advertía que iba á decir alguna tontería.

Pero entonces gozaba Cocardasse de toda su lucidez, y no le mareaban las adulaciones de Blancrochet, que, conociendo su flaco, se las prodigaba como una granizada. Consciente de la necesidad de ser prudente, quiso dejar á su amigo la responsabilidad de la conversación.

—¡Bueno!—dijo.—Dirigios á Amable, porque yo tengo la garganta seca, y hasta que apure un jarro ó dos me sería imposible hablar. Anda, pequeño; da una prueba de tu elocuencia á estos señores.

—Está bien. Sois tan buenos amigos, que

los pensamientos del uno son indudablemente los del otro.

—¡Á ver! No os han mentido al asegurároslo. Cocardasse y Passepoil son propiamente como Orestes y Pilades.

—No los conozco—replicó el espadachín, cuya ciencia se limitaba al manejo de la espada, y creyó que los dos amigos legendarios serían dos maestros que él no tenía el gusto de conocer.

El gascón, poco más instruído que él, no se creyó obligado á darle un curso de Historia.

—¿Venís aquí con frecuencia, maese Blancrochet?—preguntó á quemarropa al normando.

—Todos los días á estas horas podéis verme aquí, si queréis. Nos reunimos un buen número de valientes esgrimidores, como vos y yo, para hablar de nuestras cosas, y nos honraríais mucho si quisiérais ser de los nuestros.

—¡Ah! ¿Y quién es el jefe de esa respetable asociación?

—Vuestro servidor en persona. Nadie tiene derecho á entrar aquí sin mi permiso; y si vosotros estáis aquí, caballeros, es porque merecéis ser recibidos como amigos siempre y cuando queráis.

—Muchas gracias. Indudablemente usaremos de vuestra atenta invitación. Mientras tanto, ¿podéis decirnos los nombres de los principales compañeros vuestros á quienes tendremos el gusto de encontrar por aquí?

—¿Y para qué?—preguntó el bravo con desconfianza.

—Sencillamente, para saber si encontraremos entre ellos antiguos conocidos que nos será grato volver á ver.

—Aguardad al anoecer, y los veréis á todos ó casi todos, con excepción de cuatro ó cinco á quienes no conocéis.

—¿Quiénes son?

—Gualter Gendry, Gruel, llamado el *Balle-na*. Dos antiguos!...

—¡Vive Dios!—exclamó Cocardasse.—¡Precisamente desearíamos vivamente saludar á esos bravos hoy mismo!

—¡Pardiez! ¡Ya lo creo!—interrumpió el normando.—¿Y decís que no tendremos el gusto de verlos esta noche?

Blancrochet dió un codazo disimuladamente á su segundo. Estaban, como se verá y explicará más adelante, al corriente de lo sucedido en el albañal de Montmartre; pero no querían darse por enterados.

—Vienen algunas veces; pero puedo aseguráros que no estarán aquí esta noche. Sin em-

bargo, ¿quién os impide ir á buscarlos á otra parte?

—¿Adónde?

—Apenas son las dos de la tarde. Pues bien; yo sé que á las cuatro deben de estar en las inmediaciones de la puerta de Montmartre, y nosotros también.

Cocardasse se puso en pie y exclamó:

—¡Mal pecado! Allí nos encontraremos todos; y estoy seguro de que os agrada la conversación que tengamos con ellos, maese Blanchrochet.

Una hora después separábanse de sus problemáticos amigos, asegurándoles que no faltarán á la cita.

—¡No haya miedo!—dijo Cocardasse cuando se hubieron alejado del figón.—¡Conozco á algunos que no necesitan preocuparse por la cena de esta noche!

—¡Ya lostenemos!—decía al mismo tiempo Blanchrochet.—Ve á prevenir á Gendry que esos imbéciles vendrán por sí propios á meterse en la boca del lobo.

VI

Las intenciones de Blanchrochet.

Las Memorias del marqués de Souches nos hacen saber que la palabra *bravo* no es del todo francesa; quizás quería decir con ello que una gran cantidad de esa gente pertenecían á nacionalidades extranjeras, siendo alemanes, italianos, españoles, suizos y de otros países. En el curso de nuestra narración nos hemos tropezado con varios ejemplares de muestra: Saldaña, Pinto, Giuseppe Faenza, Staupitz, el barón de Batz, Palafox, etc. Sea como fuere, los describe en los siguientes términos, nada lisonjeros:

«Este término—dice—no es del todo francés correcto; pero se usa muchísimo para significar á las gentes que hacen profesión y mercancía de su espada, poniéndola al servicio del mejor postor para empresas buenas ó malas; y se designa con ella más propiamente á los pícaros y personas de mala vida.»

Calcúlese el aspecto que tendrían las calles de París en aquella época, considerando que J. de Bruge, en su famoso libro *Arte de la esgrima*, publicado en 1721, afirma que más de diez mil bravos asistían á las salas de armas y ejercitaban la mano fuera de ellas.